

brado viendo la Convención reducida por delaciones, en que lo absurdo se junta con lo perverso, á la miserable necesidad de ocuparse todos los días en asuntos de interés individual, mientras la patria en peligro reclama para sí todas las fuerzas de nuestro espíritu y todos los instantes de nuestra existencia. Mucho se acaba de hablar sobre la traición del general Dumouriez: yo revelaré á Francia los verdaderos cómplices de sus condenables traiciones. Si nos propusimos encauzar el diez de Agosto y su movimiento, que, mal dirigido, pudo arrastrarnos á la Regencia y á la Restauración, ¿debíamos aparacer por ello reos de lesa libertad? ¿Quién propuso primero la República en reemplazo de aquella Monarquía, bajo cuya pesadumbre abrumadora gimiera Francia durante siglos y más siglos? ¿No suspendimos nosotros la realcía el diez de Agosto, entre los tañidos de la campana que á rebato nos llamó? Robespierre sin duda ignoraba todos estos hechos, porque se puso prudentemente á la sombra, hurtando el cuerpo al público durante las tremendas horas de aquel empeñado combate. En el momento en que suspendíamos la autoridad del Rey ¿podía presentarse como un acto hostil á la libertad del nombramiento de un preceptor para el Delfín, con objeto de preservarlo al contagio de las supersticiones cortesanas? Mas dícese que alabamos á Lafayette un día, y se nos hace por esto un grave cargo. ¿Cuál entre los convencionales no hiciera otro tanto? Que declaramos, se nos dice, al Austria la guerra. Pues fué decretada por unanimidad de votos en el Congreso legislativo. Además la guerra estaba declarada ipso-facto, por las aglomeraciones de las tropas austriacas en las fronteras nuestras y por las amenazas de nuestro suelo. Y cuando esto pasaba ¿no teníamos razón de atacar al Austria y á la Prusia reunidas, á fin de que sus huestes irruptoras no encendieran la guerra dentro del mismo territorio francés? Se añade que nosotros hemos calumniado al Consejo general y al Ayuntamiento revolucionario de París. Pero, por mucho que contra ellos hayamos dicho, ¿los hemos realmente calumniado? ¿No es verdad que durante su administración, dilapidaciones enormes fueron perpetradas en los dominios nacionales, en los muebles á la emigración secuestrados, en las cajas donde constaban los depósitos, entregados al Ayuntamiento? Para concluir con estas dilapidaciones propuse un decreto obligando á semejante administración á la observancia de un deber tan rudimentario como el deber de rendir cuentas por los tesoros que en aquellos días acaparara. ¿Era esto calumniar á la municipalidad? ¿No era por el contrario, gran jearle una ocasión de mostrar su inocencia? También Robespierre nos acusa del calumniar á París. Lejos de esto, no sostuve siempre que aquellas matanzas, cuya perpetración ha deshonrado á la República, era obra de una banda de asesinos llegados á París desde todos los puntos del territorio francés. Y sólo por defender á París pedí que se persiguiesen los criminales y se les hiciera sentir todo el rigor de las leyes. Otros, al contrario, por asegurar la impunidad de esos malvados y encargarles sin duda nuevos robos y degüellos nuevos, han celebrado sus crímenes y han atribuido estos crímenes al inocente

pueblo parisién. ¿Quién de nosotros calumnia, quién al pueblo? ¿El hombre que le cree inocente de las maldades cometidas por unas bandas extranjeras, ó el hombre que se obstina en imputar al pueblo de París entero lo terrible y odioso de semejante carnicería? Que nosotros quisimos ahuyentar de París al cuerpo legislativo. Maravillame oír tal cargo en labios de Robespierre, que intentó hurtar el cuerpo á la revolución, y fugado, partirse hacia Marsella. Desconozco si algunos diputados lo propusieron ó lo pensaron como consecuencia natural fué del terror producido por lo próxima que á París estaba la irrupción extranjera. ¡Nosotros moderados! No, yo no lo soy en el sentido de querer extinguir la energía nacional. Sé muy bien que la libertad es activa como la llama, é inconciliable con esa calma chicha de las sociedades humanas que sólo conviene al despotismo. Mas, si para servir á la revolución y para llamarse patriota se necesita proteger el robo y la matanza, yo soy moderado. Cuando el simulacro y estatua de la libertad está en el trono ¡ah! no pueden provocar la insurrección otras gentes que los amigos de la Monarquía. Se ha querido consumir la revolución por el miedo; yo hubiera querido consumirla por el amor. Jamás pensé que, semejantes á los sacerdotes y á los ministros de la Inquisición, los cuales no hablan de su Dios Misericordioso sino atizando las hogueras, nosotros debíamos hablar de libertad con puñales y entre asesinos. Buscáis los cómplices de Dumouriez, y hélos ahí: son aquellos que hicieron la conjura del diez de Marzo, aquellos que suscitaron este crimen y que permitieron la impunidad á sus autores. Recordad la coincidencia de esta conspiración dentro con los primeros desastres de nuestras armas en Bélgica. La casualidad y el azar no combinan jamás tales coincidencias.»

¡Admirable discurso! No se podía oponer á la triste acusación del avieso fiscal jacobino, defensa más ardorosa y elocuente. En la horrible arenga de Robespierre, no hablada, escrita, veíase la premeditación y alevosía de un redomado asesino; mientras en la espontánea respuesta de Vergniaud, oíanse los latidos de un corazón generoso que se le asomaba en toda su espontaneidad á los labios. De un lado el bisturí que corta y disecca; de otro lado la llama que vivifica y esclarece. El silogismo de Robespierre viene rumiado de la hiel segregada por una maldita envidia; mientras el arranque sublime de Vergniaud proviene de un optimismo natural á todos los que sienten dentro de sí pura la conciencia y recta la voluntad. Diríase que la palabra del jacobino representaba los estertores de la pedantesca escolástica expirante; mientras la feliz y grande abundancia de Vergniaud representaba el estallido de un espíritu nuevo y de un ideal hermoso en los senos de la humanidad redimida. Lo mismo al defender su irreconciliable hostilidad con los Orleans, como al defender la moderación de su conducta, dentro del radicalismo de su idea, Vergniaud sobrepujó, si posible fuera esto, su propia natural elocuencia. Aquel espíritu de concordia lo iluminará en todos los siglos y lo limpiará de todos sus errores. ¿Para quién, y por quién, podía Vergniaud intentar la reacción? Los Reyes le aborrecían como

jamás aborrecieron á Robespierre y á Marat, sobre cuyos crímenes libraban el restablecimiento de la realeza. Los aristócratas le perseguían porque le juzgaban encanallado en la democracia del tumulto después de haber nacido en la aristocracia del genio. Aquella tierna invocación al amor, bajo el cuchillo de la guillotina, me recuerda la dulce piedad mística de nuestra Santa Teresa, entre los horrores y los braseros de la Inquisición española. La Revolución llegó, no para desgracia, para felicidad del mundo. La Revolución debía proponerse hacer á la humanidad feliz bajo su amparo, y no infeliz y manchada de sangre humana bajo la guillotina. Estos gritos del alma, estas efusiones del pecho, la invocación al progreso continuo, los unguentos del consuelo vertidos sobre aquellas cancerosas heridas, la esperanza entre tanta desesperación, la elocuencia contestando á la escolástica, el amor y sus creaciones oponiéndose al odio y á sus exterminios, arrastraron el concurso y el auditorio aquel con tanto ímpetu, que resplandeció el verbo divino en la frase inmensa y subyugó por un minuto á la indómita Convención. Mas estos minutos duraban poco. No bastando el bisturí de Robespierre sacó Desmoulins su daga florentina, que parecía empapada en el veneno legendario de los Borgias, y esculpida por la diestra mano de Cellini, quien tantas preciosidades hacía. Ingenioso como nadie y como nadie ático; aristofanesco al punto de que si tuviera musa dramática en sus sarcasmos y dialogara sus sátiras, hubiera indudablemente superado al modelo que nos dejara *Las Nubes* y nos hiciera reír á la continua después de tantos siglos. Y hay otro parecido más profundo entre Desmoulins y Aristófanes: *Las Nubes* de éste mataron al justo; los folletos de Camilo mataron á la Gironda. No se podían reunir más gracia ni mayores graciosidades que las juntadas por Desmoulins en libelo. Con efecto, él precipitó la rota de los republicanos conservadores. Puede asegurarse que Camilo con su aturdimiento, se aparece á la Historia como un ayudante del verdugo, y con su pluma como un asesino del Renacimiento, empleando para sus asesinatos los más áureos y los más artísticos puñales. Un día Camilo vió consumada su obra. Los girondinos fueron condenados por amantes de la monarquía y por devotos á la reacción, después de haber traído la República. Camilo asistió al proceso que los extirpaba, y quería, cuitado, arrancarlos á la muerte. Cuando el fallo se pronunció, lanzó el inconsciente libelista un prolongado sollozo. Tras este sollozo, que le partía en pedazos el pecho, derramó un diluvio de lágrimas, y en este diluvio de lágrimas gritaba como un loco; «yo los mato, yo los mato, y los mato cuando eran republicanos y mueren inocentes.» Su gracia rápida y fugaz fué la eterna desgracia de Camilo.

¿Cómo se podrían salvar los girondinos de tales y tantas asechanzas? Desde la madrugada del diez de Marzo, hasta los últimos días de Mayo, no cesó un punto la conjuración universal contra ellos. ¿Que se insurreccionaba Lyon movido por los emigrados realistas? Pues los girondinos aparecían como los causantes y motores de tales desaguisados. ¿Que la Vendée se insurreccionaba? Pues, aunque la Gironda hubiese mandado contra los insu-

rectos sus mejores hijos á la Gironda se atribuía el grandísimo entuerto. ¿Que se formaba una coalición europea en la frontera, preparada por los errores de Doumouriez y urdida por las maniobras de Coburgo? Pues á los girondinos se imputaban la condensación de tal tormentosa nube y la responsabilidad de que descargara sobre los campos franceses. No había contrariedad ninguna, ni amenaza, ni daño, cuyos orígenes dejaran de hallarse por la sociedad jacobina y por la minoría montañesa en el seno de la Gironda. ¡Extraño fenómeno el observado á la continua en tal escuela ó partido! Como individuos, merecían aquellos diputados, no sólo el respeto universal, una gloria sin término, tributo debido al mérito, al genio, á la virtud. Madame Roland recuerda la elocuencia de Aspasia sin sus vicios; monsieur Roland ofrece todas las aptitudes necesarias á un gran administrador; Brissot atesora la experiencia política y la intuición adivinatrix; firmeza de temperamento y magnitud de ánimo, como las mostradas por Buzot, se hallan en la Historia difícilmente; Guadet y Gensonné son dos caracteres enteros, dignos de los que historiara en sus inmortales biografías el famoso Plutarco; Barbaroux suma con el genio satírico de la Provenza y con su figura helénica, un heroísmo merecedor de las palmas salaminas que crecen cuando lloran los tiranos; Condorcet á la ciencia toda de su tiempo, une la fortaleza del antiguo estóico, pues proclama el progreso y lo demuestra bajo las tragedias del terror; Vergniaud, por el ritmo de su lengua, por la cadena de su período, por la copia de sus pensamientos, por la entereza de su valor, significa, más que Mirabeau todavía, el verbo de la Revolución; y sin embargo, todos estos hombres indudablemente gloriosos, luz de la Historia, y honra del derecho, cada cual un luminar por su inteligencia, y un ejemplo vivo de virtud por su complexión, cuando se reúnen, cuando forman el haz designado por su nombre ilustre, cometen tal género de faltas y errores, que malheridos en su inviolabilidad, arrancados á sus sedes cureles, puestos en los calabozos por la envidia de Robespierre, perseguidos y acosados sin tregua, maltrechos y conspuídos por la baba hidrófoba de Marat, arrastrados hasta la guillotina, todavía se cree por muchos que la magnitud y el número de sus culpas excedieron á la magnitud y el número de sus castigos. Parece imposible levantarán una máquina como la que levantaron los girondinos y luego quisieran que tal máquina horrible no les cercenara de los hombros la cabeza, cuando la dirigían á objetos contrarios del todo á su íntima índole y á su natural finalidad. Los que concentraron todos los poderes en el Comité de Salvación Pública; los que dispusieron todo género de medidas dictatoriales so pretexto de salvar el orden general; aquellos que toleraron el Tribunal Revolucionario creyéndolo apercebido á destruir la reacción cuando había de volverse contra las fuadadores de la libertad; los que consintieron, teniendo allí mayoría, en cosa tan grave como suprimir de la Convención la inviolabilidad del diputado; los que prodigaron la pena de muerte fulminándola sobre los franceses reunidos en la frontera, sobre los empleados públicos ausentes de Francia en Enero del noventa y dos, sobre aque-